

# Por una política cultural

Arnoldo Mora Rodríguez

Desde hace algunos años se viene diciendo en todas las formas y por todos los medios que nuestro país está en crisis. Se habla de crisis económica debido a la inflación-recesión que sufre crónicamente nuestra economía desde por lo menos 1980. Se habla de crisis social por los efectos que en este campo produce inevitablemente una crisis cíclica en la economía. Se habla de crisis moral por el aumento en la delincuencia, tanto común como en altos funcionarios públicos más comúnmente llamada "corrupción". Se habla, en fin, de crisis política en la medida en que aumenta la falta de credibilidad y liderazgo en quienes asumen el más alto poder del Estado y se revelan a los ojos de quienes los eligieron como incapaces de afrontar con éxito los males anteriormente apuntados. Creemos que, en mayor o menor medida, todas estas dimensiones de la crisis son reales de modo que configuran una crisis total de nuestra sociedad. Todo parece indicar que este final de siglo, que el fin del siglo XX pasará a la historia signado por el estigma de la crisis. Sin embargo, la forma más preocupante que reviste la crisis es cuando ésta alcanza los valores espirituales o culturales de una sociedad, cuando la crisis afecta la identidad misma de la nación. Es entonces cuando debemos inquietarnos más hondamente porque las raíces mismas, la razón de ser de una colectividad social está en juego. En tales circunstancias afloran las preguntas radicales: ¿Quiénes somos? ¿Existimos realmente como nación? ¿Qué nos hace ser como nosotros mismos? ¿Qué es



“ser costarricense”? ¿Qué nos proponemos como nación? En los albores de un siglo, es decir, de una nueva era en nuestra historia, ¿cuál es nuestro proyecto hacia el futuro? ¿Qué nos proponemos ser y qué estamos dispuestos a pagar para lograrlo? Estas preguntas deben ser formuladas por todos los hombres y mujeres conscientes de un pueblo, pero con mucha más urgencia por quienes se ocupan del quehacer cultural de una manera profesional, es decir, porque han recibido una formación sistemática para ello y porque reciben de la sociedad un emolumento que les permite vivir, aunque sea modestamente, de los servicios que prestan en el ámbito del quehacer cultural. Con el único fin de tratar de ver claro en estas cuestiones que me parecen fundamentales, entrego algunas reflexiones, quizás elementales pero ciertamente indispensables si queremos evitar que la vorágine de la Historia haga trizas el don más precioso que hemos heredado de nuestros antepasados: nuestra identidad cultural.

Se ha dicho que la claridad es la cortesía del escritor. Y claridad es, ante todo, definir bien los términos fundamentales sobre los que se basa una reflexión. En el título de este breve ensayo he empleado tres términos: un sustantivo, un adjetivo y una expresión adverbial. El sustantivo “política”, el adjetivo “cultural”, el adverbio “por” que en este caso significa “en favor de”. Por “política” entiendo el ejercicio de la libertad colectiva y que abarca todo el ámbito del así llamado “bien común”, es decir, todo el quehacer humano que concierne a la colectividad en cuanto tal. Hacer política es, ante todo, tomar decisiones, optar y, por ende, asumir responsabilidades ante la colectividad. Pero la libertad no es sólo acto de la voluntad, también lo es de la imaginación, de la sensibilidad, del corazón. Si como políticos ejercitamos la primera forma de libertad, como creadores de la cultura realizamos la segunda. La cultura es, por ende, la capacidad creadora de una colectividad, la expresión simbólica del



grado de libertad colectiva alcanzada por un pueblo, la expresión institucional, sea a través de la costumbre, sea a través de instituciones educacionales, estatales, etc., del goce que esa libertad alcanzada por un pueblo produce en sus miembros. Concebida así, la cultura abarca todo el ámbito de la creatividad colectiva: costumbres ancestrales, tradiciones artesanales, leyendas y mitos de transmisión oral, preservación del acervo artístico escrito, música, arquitectura y escultura (imaginería) ligadas a tradiciones regionales, respeto a la mayoría de los mejores artistas populares, al igual que de las figuras con-

sagradas de una manera más oficial (premios nacionales o internacionales). Todo esto conforma el alma de un pueblo, su sensibilidad, el equivalente del carácter de un individuo, es decir, su manera específica de reaccionar ante la realidad y que lo distingue de los demás. Decía el filósofo Kierkegaard que lo que distingue a un hombre del resto de los seres del universo es la “univocidad” de su persona. Una moneda de un peso es absolutamente idéntica a otra moneda del mismo valor, por eso se pueden intercambiar. Pero ningún ser humano es idéntico de manera total a otro ser humano. Cada uno tiene su personalidad, su manera de sentir y reaccionar ante la vida. Esto que es válido de los individuos lo es igualmente de los pueblos, de los grupos colectivos debidamente configurados. La conciencia de identidad, la sensibilidad que nos hace reaccionar de manera propia, nuestra forma específica de sentir es lo que llamamos “cultura”, lo llamamos “arte” cuando dicha cultura se expresa en objetos concretos, sean materiales, lingüísticos o sonoros. Una “política cultural” es aquel conjunto de decisiones u opciones que tienen como fin preservar, difundir o, al menos, crear las condiciones para que se preserven o difundan todos aquellos valores que tiendan de una u otra manera a dar un perfil cada vez más definido a nuestra identidad colectiva, identidad que no es mecánica, pues se puede perder de la misma manera que se ha adquirido, a través de lo largo de los años que constituyen la historia de un pueblo.

Los pilares de la cultura de un pueblo son dos: la lengua materna y la historia patria. Estos dos elementos son para un pueblo lo que el padre y la madre son para una persona. Ellos nos dan la identidad nacional como los padres nos dan los apellidos, es decir, nos permiten identificarnos ante los demás a manera de una carta de identidad o cédula e, incluso, ante nosotros mismos. Ellos son nuestra ubicación en el tiempo y en las circunstancias de la vida. Gracias a ellos sabemos quiénes

somos y por qué somos lo que somos. La cultura es la soberanía de un pueblo vivida como proyecto existencial, como creación incesante, como perpetuo emerger al ser. La cultura es asumir nuestro pasado o destino histórico para convertirlo en horizonte de un futuro que se forja en nuestras opciones del presente.

Vistas así las cosas, el quehacer artístico no es una simple diversión, no es una manera de matar el tiempo, de evadimos de nuestros ocios y tedios, sino una manera de reencontrarnos a nosotros mismos, de redescubrir nuestras raíces como quien se sumerge en las aguas que constituyen la fuente de donde se nutre su ser. Un artista no es un vagabundo, un bohemio, un inútil, una especie de parásito de la sociedad que medra de ella sin trabajar. Concepciones como éstas están subyacentes en aquellos que piensan que los hombres de la cultura no merecen respeto, no deben ser remunerados adecuadamente; piensan así aquellos políticos que consideran que las organizaciones de la cultura ocupan el último lugar en el orden de prioridades y les asignan las migajas de gigantescos presupuestos destinados masivamente a lo que ellos llaman "actividades productivas", entre las cuales, por definición, no se encuentran las culturales. Por razones electorales estas cosas no se dicen explícitamente pero se expresan en el lenguaje más elocuente y y convincente: el lenguaje de los hechos.

Si bien en nuestro país debemos luchar contra una mentalidad como la adscrita en ciertos sectores políticos, hemos de reconocer que gozamos de ciertas ventajas reales que sería miope desconocer y muy grave no utilizar adecuadamente. Contamos con un sistema de educación formal a todos los niveles de larga solera y de gran amplitud. Existe un Ministerio de Cultura y multitud de casas de la cultura en barrios y pueblos. Existen diversas organizaciones e iniciativas individuales tendientes a fomentar alguna manifestación artística concreta. Existen diversos premios que tratan de estimular

todas las formas de creación artística. Existe, en fin, en nuestro medio una larga tradición de respeto rayana en la veneración por los grandes humanistas y creadores (García Monge, Brenes Mesén, Omar Dengo, etc.) Nadie puede tener la estulticia de pretender partir de cero, ni jugar a iconoclasta. Pero corremos el riesgo de perder la perspectiva, de no ver el bosque obnubilados por las hojas y las ramas. Una concepción política general debe plasmarse en un programa concreto, que debe partir de un orden de prioridades y una adecuada funcionalidad de los recursos humanos y materiales disponibles. Creo que nuestra principal prioridad en materia cultural es preservar la cultura autóctona de cada región. En nuestro país existen tres regiones culturales ya reconocidas: el Valle Central, Guanacaste y el Atlántico. En mi opinión las dos regiones fronterizas (norte y sur) configuran sendas regiones culturales con perfiles propios que todavía no han merecido la debida atención. De manera particular, la afluencia de refugiados en la zona fronteriza norte está creando una cultura específica que, con el auge demográfico que muy pronto se experimentará, tomará un cariz muy peculiar que desde ahora debe ser mirado con atención y simpatía. Una verdadera política cultural de nuestras regiones exige que nos despojemos de ancestrales prejuicios, que tanto daño han hecho al desarrollo de verdaderas culturas regionales. El principal prejuicio es el desarrollado por los habitantes del Valle Central que identifican el "ser costarricense" con los hábitos y mentalidades propios de los habitantes de esta región que, si bien es la más poblada y ha dado la mayor cantidad de dirigentes políticos e intelectuales de nuestra historia, lo cierto es que constituye un quinto de nuestra geografía y posee unos orígenes culturales diferentes al resto del país. La herencia napoleónica de nuestro estado reflejada en la constitución de Guardia (1871) todavía vigente en lo sustancial, no ha permitido una verdadera regionalización, ni una descentralización administrativa que permita una autonomía real, aun-

que con los debidos controles, sobre todo, en el uso de los recursos económicos.

Otro de los obstáculos mayores que afectan nuestras tradiciones culturales regionales es la comercialización de lo que se ha dado en llamar "folklor". La sociedad de consumo ha convertido también a los valores culturales en parte de este mercado que todo lo devora. Estas distorsiones llegan a extremos repugnantes en casos como los carnavales de Limón, que en no poco han contribuido a prostituir los verdaderos y riquísimos valores culturales de nuestra tradición afrocostarricense. Otro tanto sucede con las fiestas de fin de año en nuestra ciudad capital y con las llamadas "fiestas cívicas" en diversas localidades del país.

En la preservación de nuestras tradiciones culturales deben colaborar tanto el Estado a través del Ministerio de Cultura y de Educación, como las Municipalidades y Juntas de Vecinos, las asociaciones culturales privadas y las Universidades. Equipos interdisciplinarios de creadores en diversas ramas del arte, sociólogos, historiadores, antropólogos, lingüistas y pedagogos deben constituir grupos especializados que, en forma permanente, dediquen lo mejor de su talento al rescate de nuestras tradiciones o formas de expresión cultural, al igual que grupos que se dediquen a la difusión y a la crítica.

El arte popular es el suelo nutricional, en donde brotan como flores variadas y frutos maduros, las creaciones que luego tendrán una repercusión de mayor universalidad. El cultivo de lo propio es el primer paso hacia ámbitos más amplios. Solo siendo más plenamente costarricenses podremos ser más universalmente humanos. Sólo viendo con afecto lo que nos rodea podremos abrirnos en un abrazo que abarque a todos los hombres. Sólo siendo más libres y soberanos podremos aportar nuestro grano de arena al conjunto de la humanidad.

